



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año III



11 de octubre de 1890



Núm. 154



OBRA DE MISERICORDIA

UN RATO DE CHARLA

OFRECE este mes de octubre en que nos encontramos un aspecto de los más particulares.

Inaugúranse las clases. Muchos estudiantes, hasta ahora tranquilamente vecindados en pueblos de corto vecindario, bajan, ó suben, á las capitales grandes, y con ello experimentan una verdadera crisis material y moral, en la cual perecen no pocos.

Al principio, por regla general, todo son buenos propósitos. El estudiante compra los libros, ó se los hacen comprar, pagándolos, en este caso, por adelantado. Todo es proveerse de cuadernos, de lápices, tinteros, estuches, bolsas de disección, etc., etc.; gasto no despreciable.

Entre matrículas, instancias y otras zarandajas, y con el aditamento de los *autores* y con el pago del pupilage, se va un sentido. Las familias, sin embargo, llenas de ilusiones, se imponen de buena gana el sacrificio, en la creencia de que el chico, ó los chicos, sabrán corresponder á lo que se espera de ellos.

Por regla general, sin embargo, no corresponden.

El pobre estudiantillo, que hasta entonces no ha visto otros horizontes que los de su pueblo (villa ó ciudad pequeña), siéntese como trasportado á un mundo de asombros y maravillas cuando de buenas á primeras se encuentra en Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Valladolid, Zaragoza, etc., etc.

L' aucell de bosch, que decimos en catalán (el pájaro de bosque), ha de ir con cuidado para no ser, en breve, pasto de gavilanes ó befa de descarados gorriones. ¡Cuánto peligro corre, en efecto, de tropezar con *malas compañías*!

Estas dos palabras tan vulgares, esta frase tan ramplona, me espantan, sin embargo, más que si se tratara de las más sangrientas expresiones.

¡*Las malas compañías*! ¡El fermento mortífero que corrompe la pureza, la honradez, el pundonor, el sentimiento del deber! ¡Y con cuántas *malas compañías* no se está expuesto á mezclarse en los populosos centros donde radican las universidades y demás establecimientos de enseñanza superior!

Las malas compañías, impalpable virus, se contraen por doquier: en el más vigilado colegio de internos. en la casa de huéspedes,

al lado de una familia pariente; no hay contra su acción deletérea otro escudo que la conciencia individual, que el *carácter*. Inútil es intentar ponerle barreras á la horrible filoxera del corazón. Si el



Una curiosa

joven no abriga un sentimiento elevado de su propia dignidad, si no obedece, ante todo, al *imperativo categórico* del DEBER, está perdido. *Las malas compañías* pudrirán en breve su alma; y el que salió del hogar paterno lleno de santas intenciones, de aspiracio-

nes generosas, de nobles proyectos, habrá de verse casi instantáneamente arrollado por los malos compañeros que acecharán su inocencia para escarnecerla y su bolsa para explotarla.

Y en un momento el pobre estudiantillo lugareño, ó señorito de ciudad pequeña, se transforma en un *chulapo* á quien veréis en los horribles *cafés cantantes*, en la infame madriguera de juego, y venga vender los libros y quedarse con el dinero de las conferencias, luego con el de las matriculas y... ¡Dios sabe qué más!

¿Qué remedio hay á esto? Ya lo he dicho: tener carácter, no ceder á las sugerencias de los perversos camaradas, no olvidar á lo que se ha venido á la capital, y convencerse de que la desaplicación, el olvido de las obligaciones escolares, la haraganería, el vicio, constituyen un verdadero delito de estafa á la familia (siempre y cuando el estudiante haya prometido portarse de otra manera que como se porta: no hablo de cuando los padres se empeñan en que Periquito, que es un pedazo de atún y no quiere saber nada con los libros, haya de ser médico ó abogado ó ingeniero.)

El envío de un pobre muchacho á una capital grande es uno de los trances más peligrosos en que puede verse el interesado. Solamente con la constante idea del *deber* podrá evitar los lazos innumerables que se le tenderán á cada paso.

Conque ¡ojo! y apartarse en seguida de los compañeros que en sus acciones y palabras demuestren que no serian buenos camaradas. No negaré que se necesita para ello cierto heroísmo; pero en este mundo todo es lucha, y de pocas cosas puede decirse que sean tan solamente coser y cantar. Además de que dejarse deslumbrar por los oropeles de las ciudades grandes es dar muestras de supina majadería.

En Alemania la organización estudiantil en corporaciones rigurosamente disciplinadas y la instalación de muchas universidades en poblaciones poco populosas (Erlangen, Jena, Bonn, Greifswald, Gotinga, Tubinga, Magdeburgo, etc.) disminuyen en mucho los malos efectos de las compañías perversas; y sería de desear que en España, donde el carácter es mucho más *sugestible*, se quitaran las universidades de donde están ahora, la mayor parte, y se trasladaran á los centros donde estaban antes. En este punto es de alabar la distribución de la mayor parte de las academias militares.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



LA ELECTRICIDAD Y EL TELÉGRAFO

DESDE la antigüedad más remota conocíala el hombre, en el espantoso rayo, como un mal, una calamitosa plaga, manifestación severa de la ira de los dioses para castigar las culpas de los hombres. Al cabo de siglos sin cuento, conoció, sin embargo, su benéfica influencia, la más indicada para la destrucción de los miasmas; y hoy basta nombrarla para que se rinda justicia á su indiscutible importancia. Esta fuerza es la electricidad, que, como medio de comunicación, deja atrás y á inmensa distancia el correo mejor organizado. El alumbrado por gas, que tan espléndido y maravilloso parecía años há, se esconde avergonzado ante la plácida y soberbia luz eléctrica, ajena á escapes, explosiones ni á hedor desagradable; la electricidad, que empieza á sustituir la fuerza motriz del vapor con sus traidoras explosiones, y que es ya auxiliar indispensable de muchas industrias y del arte de curar. Algunos sabios habían supuesto que la chispa que se desprende de la máquina eléctrica y la crepitación que la acompaña no se diferenciaba del trueno sino por su menor grado de fuerza. Esta suposición fué completamente confirmada por el célebre experimento de Benjamín Franklin, que descargó el fluido de una nube por medio de una cometa unida á la superficie de la tierra con cordeles á propósito. Con esto quedó comprobado que podía dirigirse la fuerza eléctrica, y, teniendo presente que el rayo descarga siempre en objetos elevados, ideó el *pararrayos*. En 1760 quedó instalado el primer pararrayos, en Filadelfia, sobre la casa de un comerciante. En 1782 estaban ya previstas del protector aparato la tercera parte de las casas de aquella ciudad.

Los ingleses y franceses se resistieron algún tiempo antes de decidirse á adoptar los pararrayos: los primeros por la animosidad que sentían hacia cuanto se relacionaba con la naciente república, y los segundos por desechada vanidad de que un extranjero y no uno de los suyos hubiese tenido la idea de arrancar «el rayo al cielo.» En Alemania se colocó el primer pararrayos, en 1769, en un campanario de Hamburgo.

Como no podía dejar de ser, tan importante descubrimiento no debía de quedar reducido á proteger sólo las obras de la humana industria, sino que estaba asimismo destinado á ser auxiliar de la misma, poniendo por de pronto en comunicación á los pueblos de todos los confines del globo.

La idea de comunicarse noticias importantes con gran rapidez y á grandes distancias es antiquísima, ya que en uno de los dramas de Esquilo se habla de las fogatas que participaron la noticia de la ruina de Troya.



Un paseo higiénico

Más tarde se utilizaron astas colocadas en lo alto de las torres, y banderas, para una especie de telegrafía. Otras tentativas de comunicarse, y aun especies de correos por señales, se inventaron y aun se ensayaron en muchas partes por ser idea antigua y al alcance de cualquiera; pero ninguna disposición res-

pondría tan cumplidamente al objeto á que se la aplicaba como el telégrafo óptico de brazos del francés Chappe, que fué adoptado por los gobiernos de muchos países para las comunicaciones oficiales del interior, á cuyo fin instalaron estaciones especiales en todos los puntos necesarios y visibles á gran distancia. Con estos telégrafos podían comunicarse despachos cortos ó señales con gran rapidez: por ejemplo de Calais á París en cuatro minutos cinco segundos, y de Brest á la misma capital en seis minutos y medio.

Antes del célebre experimento de Franklin, que dió lugar á la invención del pararrayos, había hecho pasar un físico alemán la corriente eléctrica por debajo del pequeño río Pleisse, de Leipzig. Otros sabios tuvieron la idea de aplicar la corriente eléctrica para la telegrafía, y el primero que la realizó fué Soemmering, en Munich. Había practicado por largo tiempo repetidos experimentos con la pila de Volta, y, según una nota que aparece en su diario de 5 de julio de 1809, empezó en aquel tiempo á trabajar para aplicar la fuerza de aquel aparato á la telegrafía. En 21 de agosto del mismo año presentó y explicó Soemmering su aparato telegráfico á la Academia de Ciencias de la capital de Baviera, si bien no publicó la *Memoria* hasta dos años más tarde. En aquel mismo año de 1809 llegó Napoleón I, que llevaba en su acompañamiento á su médico de cámara Larrey, el cual traía de paso, para su colega Soemmering, diferentes piezas anatómicas preparadas, y quizás fué él quien le aconsejó que presentase su invento al emperador, como así lo hizo, bien que Napoleón no se interesó poco ni mucho para el mejor éxito de los estudios de Soemmering, disculpando su indiferencia con la desdeñosa frase:—Es una idea germánica: no hay que tener fe en ella.

En junio hizo el inventor el ensayo de telegrafarse por debajo del río Isar con su amigo Schilling, que, nombrado más tarde enviado á la corte de Rusia, llevó un modelo exacto del mismo aparato, haciéndolo funcionar con gran éxito delante del czar y de altos funcionarios palatinos.

En marzo de 1813 pudo telegrafiar el inventor por medio de un cable de alambres largo de 3,111 metros; pero, á pesar de ser evidentemente viable la invención y de hallarse en estado de ser utilizada en la práctica y aparecer como inmensamente superior al telégrafo óptico de Chappe, no hubo, sin embargo, capitalista alguno que se resolviera á explotar la empresa, por lo cual la idea de Soemmering, sin embargo de sus indiscutibles resultados, murió en flor, como otras muchas, por falta de protección.

A. OZORES



¡DUGUESCLIN!

CON la benevolencia de los lectores de esta interesante revista, me atrevo á dar publicidad á la siguiente historieta.

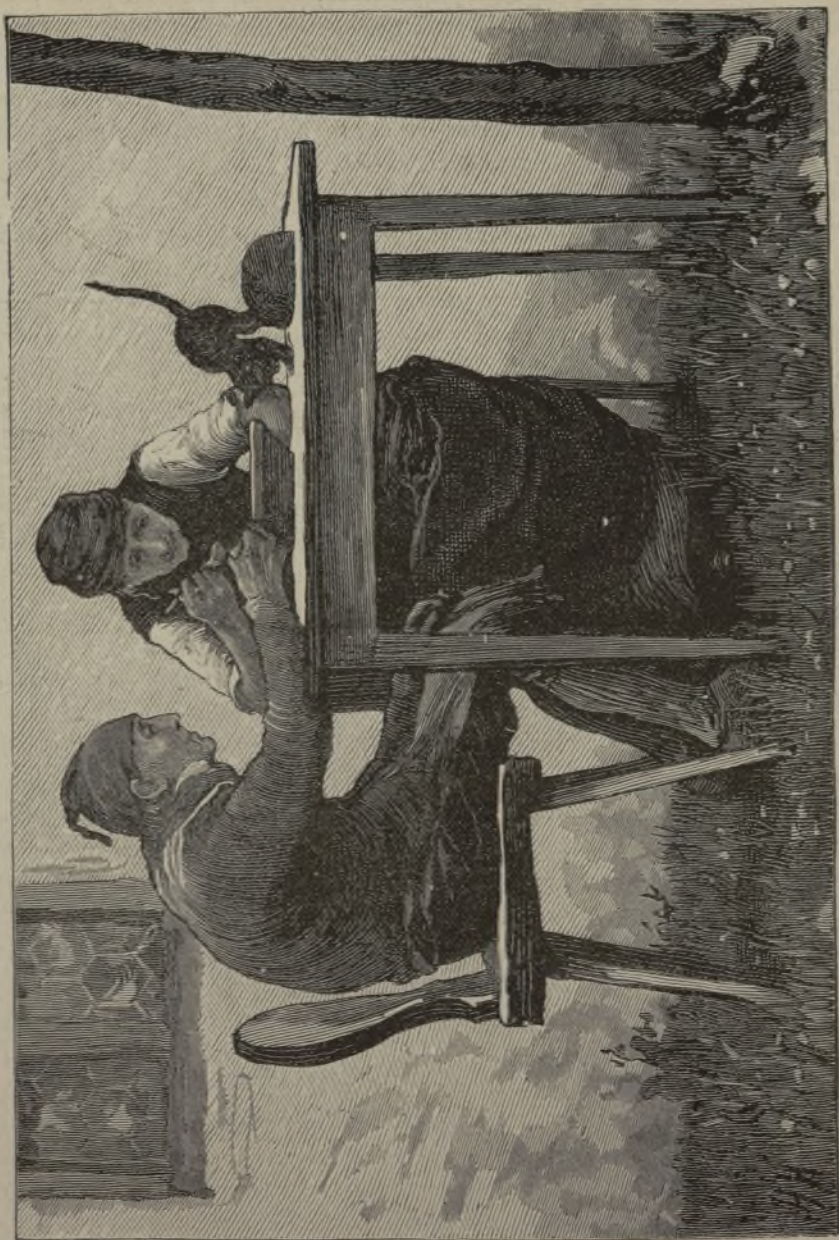
Desde niño se dió á conocer por su carácter duro, brutal é irritable. Era el mayor de sus hermanos, y no obstante tenía su familia contra él. Cier- to día que comía separado de sus hermanos en un rincón, se levantó de re-



Buen fregado

pente, se sentó en el sitio de preferencia, y tomó las mejores viandas con tal brutalidad que su madre se vió obligada á mandarle salir, ocasionando con este motivo un pequeño escándalo en la familia. En el desorden se presentó una hermana de la Caridad y reprendió duramente la conducta de Duguesclin, añadiendo: —Ese niño parece violento, pero creo que se corregirá.— Tal frase aplacó la cólera del soberbio Duguesclin, y desde aquel momento fué el mayor amigo de la monja.

Dicen las crónicas deaquel tiempo que el referido Duguesclin era el terror de los niños de su edad. Él disponía batallas, y, colocándose de general en uno de los bandos, propinaba una paliza al que se le resistía en estos bárbaros juegos. Cierta vez, por una travesura, encerróle su padre; mas él se escapó á re-



El solo amigo que queda

sidir donde una tía suya, que se hallaba en un pueblo cercano, la cual después de largos y grandes consejos consiguió domarle un poco.

Duguesclin era muy perito en la equitación. Cierta día que se descuidó su tía en dejarle solo, sale de casa caballero sobre arrogante alazán, y se dirige al campo donde tenían lugar varias luchas ó torneos. Viendo á un joven bretón

que había vencido á una porción de contrarios, le desafia con gran admiración de los circunstantes, que veían en Duguesclin un niño débil y enfermizo ante el vigoroso bretón, su contrario.

Empieza la lucha por ambas partes encarnizada, hasta que, por fin, Duguesclin, con valor y sangre fría, derriba á su contrario entre los clamores del inmenso populacho, que le proclamaba vencedor.

Al siguiente año se celebró un torneo al cual acudieron grandes caballeros reconocidos por su valor y fuerza. Duguesclin, para quien era un juego de niños el bárbaro juego, se presentó también con el casco calado, y después de vencer á varios campeones estuvo á punto de pelear con su padre; mas, conociéndole por el escudo, tira la lanza y se niega á combatir.

Duguesclin, en su mayor edad, llevó á cabo actos y hazañas de valor. Entre éstos merecen citarse la toma del castillo de Fougueray, entrando en la fortaleza con dos compañeros disfrazados de leñadores. Una vez dentro, dieron muerte á los centinelas, y, abriendo las puertas, penetraron sus tropas.

Se atribuye también á Duguesclin la siguiente estratagema:

Hallándose los ingleses sitiando á los bretones, entre los cuales figuraba Duguesclin como general, pretendieron aquéllos atraer á los sitiados fuera de la ciudad presentándoles una numerosa manada de cerdos que tentasen el hambre que empezaban á experimentar. Duguesclin, en este trance tan apurado, mandó que no saliera de la ciudad ninguno so pena de muerte, porque él se apoderaría de los cerdos. Al efecto manda poner en la puerta de la ciudad una pequeña manada de cerdos, á los cuales manda quemar las orejas. Éstos á causa del dolor, arman un terrible vocerío. Entonces los cerdos se precipitan hacia la ciudad, siendo pequeño el ejército inglés para contenerlos. Muchos mueren, pero la mayoría pasa el río que los separa de los sitiados. Duguesclin abre las puertas de la ciudad y entran grandes manadas, quedando burlado el inglés.

Entre sus hechos de valor se refiere:

Hallándose Duguesclin en Bretaña, de la cual quería apoderarse el duque de Lancáster, en un día de tregua paseábase su hermano por fuera de la ciudad sin miedo y sin armas, cuando fué detenido y apresado por un caballero llamado Tomás de Cantorbery.

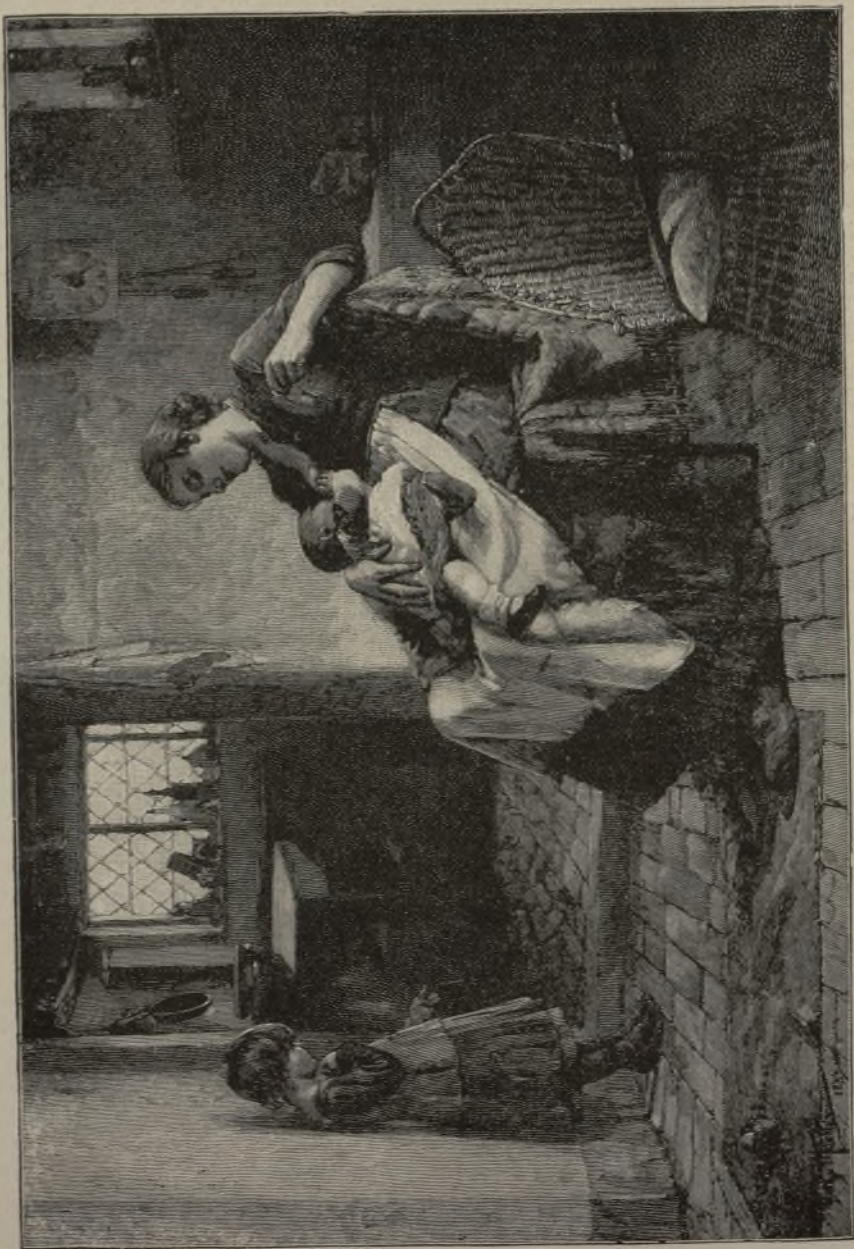
Se hallaba á la sazón Duguesclin en el juego de pelota cuando supo lo acaecido. Lleno de furor, monta á caballo y marcha á la tienda del duque de Lancáster, al cual se le queja del ultraje que le infirieron á su hermano.

Llama Lancáster á Cantorbery, quien amenaza á Duguesclin, y éste jura no tomar tres sopas de vino antes de vengarse.

Por entonces preparábase en un día de tregua una fiesta, habiendo con este motivo varios torneos, en uno de los cuales lucharían Cantorbery y Duguesclin.

Se efectúa el torneo, en el cual tanto uno como otro se disputan la victoria; pero, por fin, la destreza y valor de Duguesclin desconciertan á su contrario y lo derriba al suelo.

Por último, y para no abusar de la paciencia de mis queridos camaradas,



El mamón

referiré lo que hizo en España, donde reinaba entonces en Castilla Pedro *el Cruel*, según unos, y *el Justiciero* según otros. Enrique de Trastámara, hermano bastardo de Pedro *el Cruel*, quería destronar á éste con la excusa de que era cruel y déspota.

Se riñeron varios combates en los cuales quedaba siempre vencido Enrique.

Este, viendo que no podía hacer la guerra á su hermano por sí solo, se echa en brazos de Francia.

Carlos V, monarca francés, envía á las órdenes de Duguesclin un ejército para ayudar á Enrique, pues éste en cambio había ofrecido poner á disposición de Francia la flota castellana en recompensa de los servicios que recibiera en la lucha contra su hermano. Las compañías que trajo Duguesclin se conocen con el nombre de *Compañías blancas*.

Enrique, con ayuda de los franceses, venció á su hermano en los campos de Montiel (14 de marzo de 1369). Ganaron la batalla, pero no sin haber cometido Duguesclin la bajeza de ayudar á Enrique en la lucha singular que sostuvo con D. Pedro.

Dice la historia que cuando Enrique y D. Pedro se vieron, se echaron uno sobre el otro como dos leones, y después de una lucha reñida cayó Enrique dominado por la fuerza de su hermano; y hubiese sido aquel el último día de su vida sino por la ayuda que le prestó Duguesclin, quien, agarrando á D. Pedro, le puso debajo de su contrario, exclamando estas palabras, que han quedado en proverbio: «Ni quito ni pongo rey, pero ayudo á mi señor.»

Diez y siete años después moría el protagonista de esta historia, ó sea Beltrán du Guesclin ó Duguesclin, que pudo captarse el honor de traer á España el pillaje y bandolerismo.

FELIPE DE ZABALA



PENSAMIENTOS

Rara vez se utilizan los niños de la experiencia de los padres. Por medio de la educación debe crearse á los niños su propia experiencia, en proporción á sus necesidades, y no dejarles adquirirla á su costa.

FRANKLIN

Los ejemplos domésticos, cuando son corruptores, depravan tanto más pronto á los niños cuanto más imponen los que los dan.

JUVENAL

¿Quién puede calcular los efectos de un buen principio, de una simple idea moral bien fija en la mente del niño? La buena dirección del pensamiento y de los sentimientos en la infancia, ejerce saludable influjo, no sólo en la vida de un hombre, sino en la de varias generaciones.

FRANCIS

El niño no debe descuidar los ejercicios corporales, ni aun por los del espíritu. El equilibrio de nuestra doble naturaleza debe conservarse en la unidad del ser humano. La higiene, descuidada por largo tiempo, es una parte esencial de la educación, y la salud es la base del edificio que se llama *hombre*.

E. DESCHAMPS



NUESTROS GRABADOS

OBRA DE MISERICORDIA

Lo es indudablemente consolar y distraer á los pobres enfermitos, en el cual caso se hallan esos niños, que hacen cuanto pueden para alegrar á los tristes niños que les miran. Es una escena verdaderamente conmovedora en medio de su completa sencillez.

UNA CURIOSA

—¿Cómo demontres andaré eso?—parece que está diciendo la niña al ver cómo adelantan las agujas del reloj.—Y ¿de dónde saldrá ese *tic-tac*? ¿Será ese pajarraco?—Ello es que la curiosidad de la chiquilla va en aumento y no se dará de fijo por satisfecha hasta saber *lo que hay dentro* si no se llega á tiempo para evitar su afán analizador.

UN PASEO HIGIÉNICO

Es bueno llevar á los niños á pasear por la playa, siempre bajo la vigilancia de alguna persona de juicio. En las playas puede divertirse uno de mil maneras, la vista se mejora mirando *la inmensa llanura del mar*, y el aire fortifica la complexión.

BUEN FREGADO

Jarras, cántaros, cazuelas, platos y pucheros quedarán limpios como un espejo... limpio, mediante la vigorosa mano que les dan esas muchachas que han convertido el oceano en fregadero. La abundancia de agua es una de las condiciones de la limpieza, y jamás tendría excusa una marinera si no tuviese todos los cachivaches perfectamente aseados.

EL SOLO AMIGO QUE QUEDA

Con la edad han ido desapareciendo todos los amigos y conocidos. Sólo el gato continúa en la casa, acompañando en su aislamiento á los pobres ancianos. La muerte lo ha respetado hasta ahora, cosa que no ha hecho con tantos seres como constantemente recuerda con lágrimas en el corazón la melancólica pareja.

EL MAMÓN

¡Chiquillo más tragón que ese no se ha visto! La madre tiene mucho que

hacer; pero ¡vaya V. á dar una puntada ni á barrer un poco con ese mamón insaciable! ¡Y la otra, que está de plantón por castigo! ¡Esas criaturas!...

UNA BATALLA NAVAL EN EL SIGLO XVII

La verdad es que en nuestros días, en que tanto se habla de *la marina*, apenas si se da ninguna batalla naval, limitándose los barcos á bombardear los puertos. En el siglo XVII y en el pasado menudeaban, por el contrario, de lo lindo; pudiendo formarse idea de lo que eran por el grabado adjunto, en que el navío de primer término enarbola, como se ve, el pabellón real de la Gran Bretaña.



LOS TRES HEREDEROS CHAMBONES

CUENTO DE GRIMM

UN padre mandó comparecer ante él á sus tres hijos, y les dió al primero un gallo, al segundo una hoz y al tercero un gato.

—Soy muy viejo,—les dijo,—y mi muerte se acerca. Quiero cuidar de vuestro porvenir antes que llegue. No tengo dinero que dejaros, y las cosas que os doy en este día os parecerán, sin duda, de escaso valor; pero todo depende de la manera como sabréis emplearlas. Buscad cada uno de vosotros un país en que seáis desconocidos, y quedará hecha vuestra fortuna.

Al morir el padre, el hijo mayor se puso en camino con el gallo; pero, por

doquier pasaba, el gallo era conocido: en los pueblos se le veía en lo alto de los campanarios, girando á todos los vientos; en los campos se le oía cantar incesantemente, y nadie admiraba aquel animal; por manera que no parecía estuviese en el camino de la fortuna.

Llegó, por fin, á una isla donde nadie sabía lo que era un gallo; así es que la gente se veía muy apurada para dividir el tiempo. Ya conocían cuándo era de mañana y cuándo era la tarde; pero por la noche, los que no dormían, no sabían nunca qué hora era.

—Ved,—les dijo,—qué animal tan brillante. Lleva una corona de rubíes en la cabeza; lleva espuelas en los pies como un caballero. Por la noche llama tres veces á una hora fija, la última así que va á salir el sol. Cuando canta de día, indica que va á cambiar el tiempo.

Este discurso gustó mucho á los habitantes de la isla. A la noche siguiente nadie dormía, y todo el mundo escuchó con la mayor curiosidad cómo el gallo anunciaba sucesivamente las dos, las cuatro y las seis de la mañana. Preguntaron si aquella hermosa ave era para vender, y cuánto quería por ella su propietario.

—Me es menester en oro el peso de un asno,—respondió.

Todos exclamaron que semejante precio era una friolera tratándose de un animal tan maravilloso, y se apresuraron á pagarle.

Al ver volver tan rico al hermano mayor los otros hermanos quedaron asombrados, y el segundo resolvió partir en seguida para ver si la hoz le producía algo. Pero por doquier pasaba encontraba labradores provistos de hoces tan buenas como la suya. Por fin, y afortunadamente, desembarcó en una isla donde nadie sabía lo que era una hoz. Cuando el trigo estaba sazonado en aquella isla, emplazábanse una porción de piezas de artillería cerca de los sembrados y disparábase á bala limpia. Pero el trabajo no resultaba así muy regular: ora los proyectiles pasaban por encima de las mieses, ora daban en las espigas en vez de dar en los tallos y con eso se perdía mucho grano; además de lo cual metíase un ruido insoportable. Cuando nuestro hombre se puso delante de ellos á segar el trigo tan tranquilamente y tan aprisa, todo el mundo se lo quedó mirando con un palmo de boca abierta y los ojos esparrancados. Compráronle su instrumento tan caro como quiso, y tuvo un caballo cargado con tanto oro como podía llevar.

El hermano tercero quiso, á su vez, sacar partido de su gato. Lo mismo que sucediera con los dos mayores, no se le ofreció ocasión en tierra firme: por todas partes había gatos, y en número tan grande que había que matar una porción en el momento en que nacían. Por fin se hizo conducir á una isla donde, por dicha, no habían visto nunca; pero, en cambio, pululaban tanto los ratones, que bailaban sobre las mesas y sobre los bancos, aun en presencia de los dueños de las casas. Todo el mundo sufría con aquella plaga. El mismo rey no podía darse por seguro en su palacio. En todos los rincones se veían ratoneras, y nada quedaba preservado de cuanto podían atacar. El gato fué

introducido allí, y en un momento quedaron limpias dos salas, tanto que los ciudadanos suplicaron al rey que adquiriese aquel precioso animal. El rey lo



Una batalla naval en el siglo XVII

pagó, sin regatear, al precio de un mulo cargado de oro, y el hermano tercero regresó á su país más rico aún que los dos mayores.

FIN

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: 38, principal, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
Reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA